

# Blackie y Marta

Marta tenía seis años. Sus padres la amaban mucho. La llamaban su rayito de sol. Pero Marta tenía una dificultad: le costaba mucho escuchar y obedecer.

Cierto día, Marta y su mamá salieron a caminar cuando un cachorrito corrió hacia ellas ladrando y con ganas de jugar. Marta se divirtió mucho jugando con el perrito, pero al cabo de poco tenían que volver a casa.

—Madre, ¿podemos llevarnos al cachorrito a casa? —preguntó Marta cuando empezaron a caminar.

—No lo sé, querida —contestó su madre—. Debe ser de alguien.



Marta miró al cachorrito. Sus enormes ojos marrones denotaban su mansedumbre y estaban llenos de vida. Movía su cola alegremente.

—¡Mira! —gritó Marta—. El cachorrito nos está siguiendo.

El perrito las siguió todo el camino de vuelta a casa.

—Probablemente tiene hambre. ¿Podemos darle algo de comer? —preguntó Marta.

—Está bien —concedió su mamá—. Pero mañana averiguaremos si le pertenece a alguien. Lo más probable es que no nos lo podamos quedar.

La mamá de Marta puso un poco de comida en un tazón. Marta llevó el tazón afuera y el cachorrito se devoró la comida.



A la mañana siguiente Marta corrió al jardín a ver si el cachorrito seguía allí. ¡Allí estaba! Marta estaba tan emocionada. El cachorrito batió la cola y saltó de la alegría.

Más tarde ese día, Marta y su mamá recorrieron el vecindario y visitaron el veterinario local y el refugio de animales. Les preguntaron a todos si el cachorrito le pertenecía a alguien, pero nadie lo había visto antes.

—Parece que no tiene un hogar — aseguró la mamá de Marta.

—¿Entonces nos lo podemos quedar?

—Sí. Hablé con tu padre y estuvo de acuerdo en que nos lo quedáramos.

¡Marta no cabía en sí de alegría!

—Lo voy a llamar Blackie —les dijo con emoción a sus padres.



Todos los días, al volver del colegio, Marta jugaba con Blackie. Cuando salía a caminar con sus padres, el cachorrito los seguía.

Cuando Blackie creció, Marta se dio cuenta que debía entrenarlo. En muchas ocasiones, cuando Marta llamaba a Blackie, el cachorrito salía corriendo y esperaba que ella lo persiguiera. O cuando le indicaba que se sentara, el perrito saltaba y corría.

—Blackie no hace lo que quiero que haga —se quejó un día a su mamá.

—Pues debemos encontrar una manera de entrenarlo si nos lo vamos a quedar. No podemos dejar que haga lo que quiera. De lo contrario nadie querrá jugar con él, o aun peor, podría hacerse daño.



—Pero no sé cómo enseñarle.

—Nuestro vecino tiene un perro bien entrenado. Podemos pedirle que te enseñe qué hacer.

Mientras volvían a casa después de visitar a su vecino, Marta se adelantó corriendo. Su madre la llamó, pero ella no se volvió sino que continuó corriendo aún más lejos. Al llegar a casa, el papá de Marta le habló sobre escuchar a su mamá y obedecer lo que decían sus padres. Pero Marta no veía por qué motivo debía obedecer.

Marta y sus padres siguieron los consejos del vecino para entrenar a Blackie, y al cabo de poco se sentaba cuando se lo decía y no saltaba sobre ella ni mordisqueaba a otras personas. Pero aún tenía el mal hábito de salir corriendo cuando quería.



Cada vez que salían con Blackie, lo llevaban con correa. Pero cuando estaban en casa, el cachorrito solía escaparse de la casa y del jardín. No volvía cuando lo llamaban. Algunos vecinos empezaron a quejarse de que Blackie escarbaba en su basura y espantaba a sus mascotas, por lo que el papá de Marta dijo que debían mantener a Blackie con correa incluso en el jardín.

A Blackie no le gustaba nada estar atado. Cierta día, a Marta le dio pena ver a Blackie gimiendo, así que desobedeció a su papá y le soltó la correa. Al cabo de pocos minutos, el perrito había salido a la calle y corrió hasta desaparecer de la vista. Durante el resto del día, Marta se asomó a la ventana para ver si Blackie había vuelto. Pero no volvió. El día llegó a su fin, y Blackie aún no había regresado. Marta estaba muy preocupada.



—Blackie aún no ha vuelto. ¿Crees que le ha pasado algo malo? —preguntó Marta.

—No lo sé, querida. Pero podemos orar por él —contestó su mamá.

Aquella noche, Marta se acostó muy triste.

A la mañana siguiente, Marta se levantó temprano y salió con su papá para ver si Blackie había vuelto a casa. ¡Y así era!

—Blackie, ¡has vuelto! —gritó Marta.

Corrió a abrazarlo, pero se dio cuenta que le había pasado algo. El cachorrito cojeaba.

—Oh no. Estás herido.

Marta y sus padres llevaron a Blackie al veterinario.

Las noticias del veterinario no fueron muy alentadoras.

—Parece que su perrito fue arrollado por un coche. Pueden estar agradecidos de que solo fue un golpe y que se encuentra con vida, pero le tomará un buen tiempo a su patita curarse del todo.



Marta sabía que en parte era su culpa que Blackie estuviera herido. Si hubiera escuchado a su papá y hubiera mantenido al cachorrito atado, no se habría lastimado.

Aquella noche Marta se dio cuenta de la importancia de obedecer a sus padres incluso cuando le costaba. De la misma manera que Blackie debía aprender a seguir sus instrucciones, ella ahora sabía que era prudente escuchar a sus padres y que ello la mantendría segura y feliz. Aquel día tanto Blackie como Marta aprendieron una buena lección y continuaron siendo muy buenos amigos.

